

Aborto y eutanasia: ¿las soluciones que Chile necesita?

La Cuenta Pública presidencial trajo consigo una esperable doble sorpresa: la intención de enviar un proyecto de ley sobre aborto, junto con dar urgencia a otro en trámite, sobre eutanasia. Todo esto ocurre en el contexto de los innumerables problemas graves que aquejan a la población. La lista de estos últimos es larga y conocida (seguridad, crecimiento, empleo, educación, salud, inmigración), más todavía, es dramáticamente sufrida a diario por la población. Con todo, el gobierno parece vivir en un mundo paralelo, lleno de anteojeras y autocomplacencia. A falta de anuncios concretos, qué decir de reconocimiento de responsabilidades propias, el mensaje del Primer Mandatario ha vuelto sobre la denominada "agenda valórica".

Este hecho suscita algunas reflexiones. La primera de orden táctico. El pasado sábado Boric le habló, principalmente, a su núcleo de adherentes duros (PC y FA), al 30% que lo aprueba en las encuestas contra viento y marea. En un momento que, en estricto rigor, se requiere adoptar decisiones correctivas y buscar acuerdos más amplios para resolver carencias sociales en materias básicas y apremiantes que afectan a la mayoría de la ciudadanía, se optó por hacer un "gesto" directamente dirigido a los votantes cercanos de cara a las elecciones de octubre próximo.

Otra consideración es de orden comunicacional. Poner sobre la palestra temas asociados a principios vitales generará un cierto giro en la discusión pública, distrayendo el debate hacia ellos y, de tal forma, atenuará la discusión de aquellos que golpean fuertemente a las personas y, por eso, mantiene a maltraer la evaluación ciudadana respecto del Ejecutivo.

Una tercera observación es de carácter fundamental. El grupo gobernante tiene la profunda convicción de que no solo es posible, sino que razonable y bueno, abrir el cauce legal para la eliminación de los seres humanos más indefensos: los niños por nacer y los muy ancianos o gravemente enfermos. No se trata de una idea novedosa entre quienes actualmente detentan el poder, ella los ha acompañado permanentemente y parece tener su origen en la defensa de la plena autonomía del individuo, quien podría decidir sobre los "objetos" de su cuerpo (el niño por nacer) y el término artificial de la propia existencia. Concuerta con una forma de entender la libertad individual sin límites reales y, por lo mismo, sin responsabilidad última. Coincide con una "cultura de la muerte" que mina la consistencia del alma nacional, debilitando la auténtica vitalidad de la sociedad y que, por lo tanto, augura mayores problemas junto a una menor capacidad para superar los existentes.

En fin, ante las serias adversidades generales que enfrenta Chile, el discurso sabatino ofreció "salidas" que agregan otras de insondable hondura e impacto negativos. Se ha acentuado el descamino.

Opinión

Edición papel digital

Momentum político

Magdalena Browne
Decana Escuela de Comunicaciones y Periodismo, Universidad Adolfo Ibáñez



Debido a su relevancia en nuestra tradición democrática, la Cuenta Presidencial ante el Congreso es una ocasión para que los gobiernos concentren la atención pública, instalen una narrativa y redireccionen el debate en función de sus prioridades y objetivos. Incluso pueden llegar a convertir ese acto en un “momentum político”, esto es, una oportunidad excepcional de conexión con la ciudadanía.

Así, al menos, ocurrió con las cuentas públicas que Boric realizó anteriormente. En 2022 y 2023, tras entregar su discurso, la aprobación del Mandatario no solo registró alzas significativas, sino que además alcanzó algunos de sus mayores “peaks” de adhesión, de 44 y 41 puntos, respectivamente (Cadem, 2024). En esa labor, en los últimos 15 años, los gobiernos de izquierda han sido más eficaces que los de derecha. De hecho, Bachelet II y Boric, en su conjunto, han logrado evaluaciones de sus cuentas públicas más positivas que las obtenidas por Piñera en sus dos gobiernos.

Los discursos institucionales del Presidente Boric –no así sus salidas de libretito– suelen ser piezas comunicacionales generalmente encomiables, con una buena combinación de inspiración, emoción y visión colectiva y de futuro. Sin embargo, esta vez, pareciera que las palabras del Mandatario no calaron tanto: la evaluación ciudadana de su reciente Cuenta Pública fue dividida (48% lo evaluó positivamente versus un 46% que lo hizo negativamente). De hecho, los niveles de apoyo al gobierno de Boric, tras emitir su discurso, se mantuvieron en su “piso” de 31%.

¿Por qué el gobierno no logró con esta Cuenta Pública el impacto positivo como en ocasiones anteriores? Las posibles hipótesis son muchas y variadas, pero tal vez la respuesta se halla en las premisas más básicas de la comunicación. El poder de la palabra –de un discurso o de una narrativa– solo es posible de ejercer cuando se cumplen dos condiciones: que sea creíble y que “resuene”, que “tenga sentido”, para quienes escuchan.

Los datos de la encuesta Cadem dan algunas pistas al respecto: si bien la opinión pública valora positivamente aspectos formulados por el Presidente, una mayoría ve poco o nada probable que el gobierno pueda cumplir con muchas de las medidas anunciadas. En ese sentido, para muchos resultaron promesas poco creíbles. Probablemente, la demora por años en alcanzar acuerdos en materias tan sustantivas como las pensiones, afecta la credibilidad del gobierno –y no solo la de la oposición, como esta administración tiende a creer–, ante una ciudadanía que espera soluciones.

Asimismo, a través de la Cuenta Pública, el Presidente buscó instalar la idea de que su gobierno ha logrado una “mejor gestión”, y que estamos frente a un ciclo de “estabilización” del país. Sin embargo, esa lectura tampoco se ha permeado hasta ahora. Una mayoría sigue observando que el país está en retroceso o igual que antes. Esta vez, el mensaje presidencial no fue tan eficaz y –definitivamente– no se ha constituido en un “momentum político”.

Aborto y eutanasia: ¿las soluciones que Chile necesita?

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School Universidad de los Andes



La Cuenta Pública presidencial trajo consigo una esperable doble sorpresa: la intención de enviar un proyecto de ley sobre aborto, junto con dar urgencia a otro en trámite, sobre eutanasia. Todo esto ocurre en el contexto de los innumerables problemas graves que aquejan a la población. La lista de estos últimos es larga y conocida (seguridad, crecimiento, empleo, educación, salud, inmigración), más todavía, es dramáticamente sufrida a diario por la población. Con todo, el gobierno parece vivir en un mundo paralelo, lleno de anteojeras y autocomplacencia. A falta de anuncios concretos, qué decir de reconocimiento de responsabilidades propias, el mensaje del Primer Mandatario ha vuelto sobre la denominada “agenda valórica”.

Este hecho suscita algunas reflexiones. La primera de orden táctico. El pasado sábado Boric le habló, principalmente, a su núcleo de adherentes duros (PC y FA), al 30% que lo aprueba en las encuestas contra viento y marea. En un momento que, en estricto rigor, se requiere adoptar decisiones correctivas y buscar acuerdos más amplios para resolver carencias sociales en materias básicas y apremiantes que afectan a la mayoría de la ciudadanía, se optó por hacer un “gesto” directamente dirigido a los votantes cercanos de cara a las elecciones de octubre próximo.

Otra consideración es de orden comunicacional. Poner sobre la palestra temas asociados a principios vitales generará un cierto giro en la discusión pública, distrayendo el debate hacia ellos y, de tal forma, atenuará la discusión de aquellos que golpean fuertemente a las personas y, por eso, mantiene a maltraer la evaluación ciudadana respecto del Ejecutivo.

Una tercera observación es de carácter fundamental. El grupo gobernante tiene la profunda convicción de que no solo es posible, sino que razonable y bueno, abrir el cauce legal para la eliminación de los seres humanos más indefensos: los niños por nacer y los muy ancianos o gravemente enfermos. No se trata de una idea novedosa entre quienes actualmente detentan el poder, ella los ha acompañado permanentemente y parece tener su origen en la defensa de la plena autonomía del individuo, quien podría decidir sobre los “objetos” de su cuerpo (el niño por nacer) y el término artificial de la propia existencia. Concuera con una forma de entender la libertad individual sin límites reales y, por lo mismo, sin responsabilidad última. Coincide con una “cultura de la muerte” que mina la consistencia del alma nacional, debilitando la auténtica vitalidad de la sociedad y que, por lo tanto, augura mayores problemas junto a una menor capacidad para superar los existentes.

En fin, ante las serias adversidades generales que enfrenta Chile, el discurso sabatino ofreció “salidas” que agregan otras de insondable hondura e impacto negativos. Se ha acentuado el descamino.

LT latercera.com

Declaración de intereses en www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores en sucursal virtual: <http://sucursalvirtual.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE | AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido de cobertura del diario a lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacios a: Email: correo@la.tercera.com

Avenida Apoquindo 4660, Santiago. La Tercera se reserva el derecho a editar los textos y ajustarlos conforme a sus estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin descualificaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

¿Valen la pena las cuentas públicas?

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia Política Queen Mary University



Al hablar de la cuenta pública, existe una noción, errada en mi opinión, de que estas son una oportunidad para el debate abierto y directo sobre los logros y fracasos del gobierno. En otros sistemas políticos, este discurso sería uno más en un debate constante entre el gobierno y el Congreso, en el que habría la oportunidad de contrastar posturas e ideas. Pero no, la cuenta pública en Chile, y en otros países presidenciales, son más un espacio performativo, donde vemos al gobierno y la oposición en un juego teatral, resaltando lo lindo y maquillando lo feo de cada

uno. Por eso no debiera ser sorprendente que las respuestas a la cuenta, de partidarios y opositores, sean las mismas año a año: o el gobierno fue valiente y ambicioso, o el gobierno fue insuficiente y poco ambicioso. Si las cuentas son un baile de máscaras, entonces vale la pena preguntarse si son realmente necesarias.

Las investigaciones sobre discursos políticos suelen enfocarse en dos temas: en comprender cuáles son los mensajes subyacentes al texto escrito o hablado, y en comprender cómo afectan (o no) a la opinión pública. Sobre lo primero, el estudio de los discursos en distintas partes del mundo ha permitido establecer cuáles son las ideologías subyacentes en una serie de temas, como relaciones internacionales, rol del Estado en la economía, temas valóricos, entre otros. Así, los discursos presidenciales suelen ser una fuente poco común de texto y subtexto para quienes se dedican a la investigación académica. Pero, asimismo, sería poco razonable y eficiente justificar la existencia de estos discursos sobre la base de un par de artículos en revistas científicas o libros académicos.

Por otro lado, también se ha investigado cómo estos discursos y sus reacciones afectan a la opinión pública, y ahí la película es más compleja. Así, las cuentas públicas permiten que el electorado concentre su atención en un

par de temas relevantes que logren marcar la agenda pública. La reciente cuenta del Presidente Boric lo hizo de forma bastante efectiva al plantear el tema del aborto, obligando a actores políticos a marcar sus posturas y a la opinión pública a informarse de las mismas.

Sin embargo, uno de sus efectos más relevantes no tiene que ver con lo que diga el Presidente o cómo, sino en cómo se da la discusión entre oficialismo y oposición después de la cuenta pública. Mayores niveles de negatividad en el debate político post cuenta pública están relacionados con mayores niveles de desafección y menor confianza. Esto no tiene que ver con el contenido de la cuenta, sino que con la forma en que reaccionan los actores políticos. Es decir, el baile de máscaras post cuenta no es inocuo, sino que puede afectar negativamente la opinión sobre la política y sus procesos.

Nada de esto debiese ser sorprendente, ya que sabemos cómo las acciones y conductos de los políticos se relacionan con la (mala) opinión que tiene la ciudadanía sobre ellos. Pero ese mensaje parece caer en oídos sordos a la hora de afectar su comportamiento. La hostilidad entre facciones puede ser más atractiva en el corto plazo, pero nos debiese hacer reflexionar sobre el formato, la utilidad y la necesidad de las cuentas públicas.